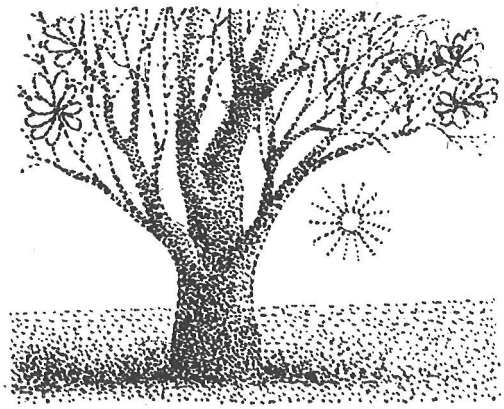
DESAMOR

POR

VICENTE ALEIXANDRE



1

EL ARBOL

Bajo la tierra el día
oscurece. Ave rara,
ave arriba en el árbol que cantas para un muerto.
Bajo la tierra duermo
como otra raíz de este árbol que a solas en mí nutro.
No pesas, árbol poderoso y terrible que emerges a los aires,
que de mi pecho naces con un verdor urgente
para asomar y abrirte en rientes ramajes
donde un ave ahora canta, vivaz sobre mi pecho.

Hermosa vida clara de un árbol sostenido
sobre la tierra misma que un hombre ha sido un día.

Cuerpo cabal que aún vive, no duerme, nunca duerme.
Hoy vela en árbol lúcido que un sol traspasa ardiendo.

No soy memoria, amigos, ni olvido. Alegre subo,
ligero, rumoroso por un tronco a la vida.
Amigos, olvidadme. Mi copa canta siempre,
ligera, en el espacio, bajo un cielo continuo.

2

SIN AMOR

FIN *de una vida, fin de un amor. La noche aguarda.*
Oh noche dura, silenciosa, inminente.
Oh soledad de un cuerpo que no ama a nadie.
Con un puño se arranca sombra, sólo sombra del pecho.
Aquí hubo sangre, aquí en este hueco triste latió una vida:
aquí en esta húmeda soledad hubo voces, dulces voces llamando.
¿Recuerdas? Hubo en este pecho un aliento que ascendía, exhalaba
un nombre y daba lumbre, lumbre y vida a una boca.
Hubo una queja, un grito, una súplica hermosa;
hubo en el pecho el mismo viento dulce que allí en los labios
modeló luego el aliento de un beso.

Tienta, tienta, mano, esta madera fría
y torpe de una tabla sin venas.
Recorre esa forma sorda. Ya la noche amenaza.
Un sudario sin vida de tiniebla uniforme
te helará, larga tabla sin pesar que aún insiste.

3

AMOR DEL CIELO

No sé. Por esos aires ligeros, por esas ligeras manos,
por esos ojos que todavía bajo el celaje aún brillan.
Por ti, verdor perenne, incipiente hermosura, juventud de estos valles.
Por esa que adivino canción entre unos labios,
que allá lejos aún se oye, y lentamente muere.

Por todo, temerosa piedad que como mano, para mi frente quieta,
desciendes y me aduermes y, tierna, me murmuras.
¡Oh soledad! Si cierro mis ojos, aún te escucho,
mano de Dios piadosa que tibia me regalas.

Música a los oídos cansados. Luz cernida
para los turbios ojos. Piel graciosa
todavía para mi frente cruda, que largamente acepta.

¡Ah, qué descanso, Vida! Blandos árboles
no insisten. Quietos alzan su copa en pos de un Cielo

que grave condesciende. Ah, no, mis labios nunca,
nunca te huyeron, tibia turgencia dadivosa
de un Cielo pleno y puro que hasta mis labios baja.

Hermosa luz tus besos, tangible. Hermoso Cielo, carne
sutil, tan lenta, intacta que arrullas hoy mi vida.
Tú rozas, rozas dulce. Te siento... Nunca acabes...

4

EL MORIBUNDO

I

PALABRAS

EL *decía palabras.*
Quiero decir palabras, todavía palabras.
Esperanza. El Amor. La Tristeza. Los Ojos.
Y decía palabras,
mientras su mano ligeramente débil sobre el lienzo aún vivía.
Palabras que fueron alegres, que fueron tristes, que fueron soberanas.

Decía moviendo los labios, quería decir el signo aquel,
el olvidado, ese que saben decir mejor dos labios,
no, dos bocas que fundidas en soledad pronuncian.
Decía apenas un signo leve como un suspiro, decía un aliento,
una burbuja; decía un gemido y enmudecían los labios,
mientras las letras teñidas de un carmín en su boca
destellaban muy débiles, hasta que al fin cesaban.

Entonces alguien, no sé, alguien no humano,
alguien puso unos labios en los suyos.
Y alzó una boca donde sólo quedó el calor prestado,
las letras tristes de un beso nunca dicho.

II

EL SILENCIO

MIRÓ, *miró por último y quiso hablar.*
Unas borrosas letras sobre sus labios aparecieron.
Amor. Sí, amé. He amado. Amé, amé mucho.
Alzó su mano débil, su mano sagaz, y un pájaro
voló súbito en la alcoba. Amé mucho, el aliento aún decía.
Por la ventana negra de la noche las luces daban su claridad
sobre una boca, que no bebía ya de un sentido agotado.
Abrió los ojos. Llevó su mano al pecho y dijo:
Oídme.
Nadie oyó nada. Una sonrisa oscura veladamente puso su dulce máscara
sobre el rostro, borrándolo.
Un soplo sonó. Oídme. Todos, todos pusieron su delicado oído.
Oídme. Y se oyó puro, cristalino, el silencio.

5

ACABA

No son tus ojos esas dos rosas que, tranquilas,
me están cediendo en calma su perfume.
La tarde muere. Acaban los soles, lunas duras
bajo la tierra pugnan, piafantes. Cielo raso
donde nunca una luna tranquila se inscribiera.
Cielo de piedra dura, nefando ojo completo
que sobre el mundo, fiero, vigila sin velarse.
Nunca una lluvia blanda (oh lágrima) ha mojado
desde tu altura infame mi frente trastornada:
dulce pasión, neblina, húmedo ensueño
que descendiera acaso como piedad, al hombre.

Mas no. Sobre esta roca luciente —tierra, tierra—,
presente, miro inmóvil ese ojo siempre en seco.
Cielo de luz, acaba, destruye al hombre solo
que dura eternamente para tu sola vista.